

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Iglesia [Church]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Steinfeld, Guillermo
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-06 17:43:33
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/154948

Iglesia: ¿cliché religioso o experiencia alternativa?¹

Guillermo Steinfeld

Resumen *La ecclesiología, como un “hablar” teológico sobre la iglesia en sentido lato, es una disciplina que necesita ser depurada permanentemente del robo y la clausura de sentido. Del mismo modo que la mayoría del vocabulario religioso, la noción conservadora de iglesia se convierte en nuestros labios en algo que condiciona el comportamiento cristiano, garantizando un bache entre las creencias y las prácticas. En ese caso se hace necesaria una tarea de deconstrucción hermenéutica que ante todo desmantele los ídolos conceptuales que construimos para proteger nuestro status quo, y formule nociones de iglesia en estado de construcción permanente.*

Abstract *Ecclesiology, as a theological “talk” about the Church in latu sensu, is a discipline what need to be permanently depurated both of robbery and closure of sense. The same that most of the religious vocabulary, conservative notions of church turns into a determinant of our own behavior, making gaps among belief and practices. In such a case is essential to work the hermeneutical deconstruction to dismantle conceptual idols builded to protect our own status quo, and immediately to re-construct notions of church in a permanent state of construction.*

¿Ha notado alguna vez que solemos juzgar el mundo circundante sobre la base de unos pocos presupuestos heredados? Obviamente, muchos de ellos han sido recibidos con afecto de manos de nuestros mayores, de la tradición familiar, de la congregación o de la sociedad. Sin embargo, estos presupuestos también han sido reforzados sobre la base de los prejuicios personales.

Un larguísimo listado de creencias heredadas (y reforzadas por nuestra propia práctica) estereotipa las nociones teológicas. La “iglesia” es un grupo de clientes del culto, o un lugar a visitar, aunque poco se plantee la importancia de sentirse iglesia junto a las demás personas. “Dios” es un paquete cerrado e indiferenciado

¹ **Palabras clave:** Ecclesiología Hermenéutica Símbolos Deconstrucción
Key words: Ecclesiology Hermeneutics Symbols Deconstruction

trinitariamente. La “misión” supone el cumplimiento de una “gran comisión” del Nuevo Testamento, pero deja en segundo plano “el mayor de los mandamientos”. La “santidad” es un tópico preocupado por la relación con lo etéreo, más no con la inmediatez de las necesidades humanas. ¿A qué se debe esta aparente tergiversación e incuestionabilidad del vocabulario evangélico clásico?

Permítame reflexionar con usted acerca de esto: *la terminología eclesial que ordinariamente usamos nos condiciona severamente*. Lo que decimos es tanto una expresión de lo que creemos en niveles subyacentes de la mente, así como un secreto deseo de que nada sea conmovido. Dicho de otra manera, somos condicionados por nuestras palabras para seguir pensando y actuando del mismo modo como siempre lo hacemos, y no en dirección al cambio.

Con esta introducción, tengo la intención expresa de instalar la sospecha de que algunos de los vocablos históricamente usados, nos han condicionado a la hora de describir la naturaleza de la iglesia.² ¿Qué abanico de sensaciones despierta en la gente cuando evoca alguna imagen sobre “la iglesia”? ¿Qué piensan un católico, un protestante o un agnóstico? (y si queremos salir de la esfera del cristiana, qué asociarían un musulmán o un judío).

Ya en el discurso patrístico del credo apostólico se observaba un dato simple referido a la iglesia: “Creo [en] la iglesia”. De qué manera el credo llegó a derivar en esta afirmación, es tema para otro escrito. Por lo pronto, lo importante para nuestros fines está en el estilo de la afirmación “*Creo la iglesia de Dios*” (en orden a una buena traducción para *Credo Ecclesiam Dei*), en lugar de “Creo en la iglesia”. Frente al prejuicio con que el lector iconoclasta acostumbra a leer, la proposición ausente marca la diferencia: siendo que la salvación no proviene de la iglesia sino del Dios que la gesta, la iglesia es algo perfectible y, por lo tanto, no podemos recibirla como un paquete cerrado e imposible de interpelar. Las figuras mencionadas en el credo, Padre, Hijo y Espíritu, son para la iglesia su causa, objeto y principio de fe; pero la iglesia (en términos universales o locales) es creíble sólo en cuanto sea capaz de reflejar las virtudes de amor, relación, inclusividad, entrega o misión de las personas trinas.³

Conceptos como santidad, hermandad, evangelio o misión, originalmente significaron algo que necesita ser rescatado en cada momento de la historia. Nadie puede asegurar que conceptos como “evangelio” e “iglesia” tengan hoy el mismo contenido que en los primeros cien años de la historia de la iglesia. Una lectura

2 En un profundo artículo, Severino Croatto analizaba la transformación del sentido por efecto de confusiones interpretativas en el uso de *Lucifer* (“lucero de la mañana”) para nombrar a Jesús en textos como Lc 1 78b o en 2P 1 19, en conflicto con Is 14 12. Su análisis infiere que si un vocablo que debía ser título cristológico sufrió una confusión de sentido, bien puede suceder lo mismo con nuestro vocabulario, sometido a la parcialidad de la experiencia humana, como lo es la dinámica eclesial. Severino Croatto, “Lucifer ¿Satanás o Jesús?”, *Cuadernos de Teología*, 2002 (XXI) pp 85-104.

3 Michael Schmaus, *Teología dogmática*, Rialp, Madrid, 1960-1964, pp 18-28.

pneumatológica de la eclesiología arrojará bastante luz sobre los modelos actuales, cuya característica principal pareciera ser una amplia brecha entre creencias y prácticas.⁴ Y esta, me parece, es la cuestión de fondo: dónde calza el Espíritu en nuestras epistemologías de la vida.

De modo que ya tenemos ante nosotros un extenso listado de ideas del imaginario evangélico, que en la cotidianidad deben ser actualizadas para el oído y la lengua, donde el tiempo las ha cubierto de vicios como el polvo cubre los muebles de una casa. Lamentablemente, quienes desean hacer un poco de limpieza ponen en desequilibrio ese confortable sistema hogareño. No es extraño que algunos de quienes hemos intentado clarificar estas cuestiones hayamos venido a recibir el achaque de “no creer en la iglesia”. Aunque, a decir verdad, admito que los acusadores tienen razón, porque el tipo de iglesia que no se re-pregunta no es una iglesia digna de ser creída.

1. La destrucción de los ídolos: cuando las palabras nos dominan

La vocación cristiana está asociada, por supuesto, con el Dios que llama. Sin embargo, con frecuencia se le atribuye peligrosamente al individuo la misma alteridad que posee el Dios que lo convoca, y en términos de identificación, concluimos haciendo a Dios a la imagen del líder. En consecuencia, sin diferenciación alguna transferimos todas nuestras disfunciones personales y familiares al modelo de iglesia y pastor que esperamos.

Contrariamente la economía divina muestra un Dios cercano, manifiesto en el Hijo eterno en la historia humana. Y esta acción kenótica de la Trinidad (bien interpretada por el apóstol Pablo en Filipenses 2) es aquello que conocemos como “encarnación”. En aplicación, una persona que sigue el modelo trinitario es un sujeto “encarnado” que sigue a Cristo y anda como él anduvo. Por ello, algo nos huele raro cuando las acciones del liderazgo cristiano presumen de alguna preocupación por sostener una posición vertical y distante.

Como corolario de una dinámica disfuncional, las palabras (en tanto símbolos de la realidad) se nos convierten en ídolos: dioses que demandan nuestra

4 Esta preocupación por replantearse el significado y la eclesialidad de la iglesia, está universalmente difundida entre personas que tienen un profundo compromiso funcional y educativo con la iglesia. No surge de personas indiferentes de la misión de la iglesia, sino de las más comprometidas. Como ocurre en todas las latitudes, muchas iglesias evangélicas en América Latina generan compromisos inarticulados, no sólo en términos de agenda eclesial, sino de pertinencia con el proyecto del Reino de Dios. Básicamente, se olvida que para Dios la mediación es la vida y no la organización. Así pues, será la práctica del discernimiento en el Espíritu lo que nos arrancará de nuestro propio interior hacia un juicio más adecuado de la realidad, a fin de repetir la sensibilidad de Cristo en nuestro propio ser y llevarnos a vivir el evangelio con consecuencias radicales.

obediencia a un sentido que se nos hace anticristiano.⁵ Y no me refiero al momento vocativo de la palabra, en el que por obra de la entonación surge el acto sonoro para nombrar algo. Hablo, en cambio, del efímero momento en que al usar un término la mente evoca un modelo, una certidumbre, un recuerdo.

¿Qué imagen ocurre en la cabeza de las personas cuando se las invita a la iglesia? ¿Piensan en un espacio para retroalimentarse junto a otros en la esperanza cristiana, donde aprenden a resistir comunitariamente contra el pecado social y el individual? ¿Es una comunidad de personas que reciben, que comparten, que confiesan juntas? ¿O acaso piensan en una masa de permanentes oyentes? ¿Tal vez un grupúsculo de personas dirimiéndose la posesión de un rezago de poder? ¿Estudios bíblicos insulsos, repletos de respuestas previsibles? ¿Conflicto y desintegración?... ¡Claro que no! ¡Esto no es la iglesia de Cristo!... Pero se parece bastante a unas experiencias en extremo frecuentes.

El imaginario cristiano se nos colma, entonces, del desencanto posmoderno sobre la iglesia como metarrelato caído. Por ello cuando algunos de nuestros presupuestos sobre el texto bíblico son extraídos con violencia y convertidos en “el vocabulario nuestro de cada día”, automáticamente se convierten en ídolos. Son imágenes grotescas de un sentido inexistente en el texto, pero que nos dan un plácido reparo.⁶ Son interpretaciones sobre la vida religiosa que no dialogan con el Espíritu que impregna toda la Escritura, pero tranquilizan temporalmente nuestra agitada conciencia. Allí es donde y cuando las palabras nos dominan, y son utilizadas para sojuzgar a otros. La praxis de ese discurso convierte las relaciones humanas sólo en espacio de realización unipersonal, transforma a la iglesia en una serie de actividades y niveles administrativos, y promueve la misión como un sistema organizado que fagocita todos los recursos y muestra pocos frutos o ninguno. Estas representaciones son para el cuerpo del Señor como células que crecen caprichosamente, devenidas en cáncer, en lugar de articular un cuerpo que crezca sano y espontáneo.

Tengo la impresión de que algunos de estos vicios perduran en las iglesias, no porque correspondan a la voluntad divina (como algunos infieren del razonamiento del rabino Gamaliel, en Hch 5.38-39). Son vicios que se sostienen simplemente por el fenómeno calificado como “hermenéutica de la afirmación

5 Al hablar del dominio *de* o *por* las palabras navegamos en una laguna mágica en la que ya algunos se han ahogado. Por cierto, los recientes malos usos acerca de “cura de palabra” parecen referir a que en la palabra misma, en el *sema*, se encuentra presente un poder innato al que se puede apelar, empujando a Dios a respondernos de acuerdo con alguna ley más alta que Si mismo, por la cual se encuentra obligado. Ni siquiera me tomare el tiempo para discutir esta posición, pero sí en reflexionar acerca del valor de la palabra como estructura fundante del pensamiento.

6 Nancy Bedford, “El carisma de las iglesias libres en América Latina y su dinámica en la Iglesia universal. Visión teológica de la Iglesia hacia el siglo 21”, Retiro de pastores y líderes de FTL-Karos, Buenos Aires, 7 y 8 de abril de 2000, p. 11.

cultural”⁷ que declara que un paradigma dominante tiene el poder de apropiarse de un símbolo popularmente sostenido, a los efectos de neutralizar su significado por simple confusión. Cualquier concepto altruista o moralmente elevado que sirva para esperar a una minoría delante del poder hegemónico, puede ser tergiversado por este poder con el fin de cooptar la libido natural que les daría fuerza para la oposición. De este fenómeno “envenenador” son presa a nivel global otros conceptos como democracia, paz, libertad, justicia.

Cuando el cristianismo de los siglos 2 y 3 comenzó a fusionarse con el aparato estatal del imperio romano, se entregó plácidamente a un enroque funcional contra la libertad de conciencia –por cierto, un asunto de fondo en el evangelio–. Sobre ese tema, los teólogos del imperio hicieron un análisis casi pueril (por suerte, alguna vez alguien tuvo que diferenciar el sentido de *cristianismo* del de *cristiandad*). Pero cuando el gnosticismo de los primeros 200 años influyó señalando la innecesariedad de la mediación magisterial de la iglesia para acceder a la *gnosis* (suficiente argumento para despojar a los obispos de su influencia sobre la gente), la nueva Iglesia del Estado corrió a buscar a los teólogos para re-enfocarse en la discusión dogmática. Y de la violencia con que lo hizo son testigos los mismos escritos de la ortodoxia (porque los de la heterodoxia desaparecieron como “de noche y niebla”).

De manera que un primer asunto a resolver cuando se trata de reactualizar el sentido, es el problema del robo o la dilución de los símbolos. Cuando los hombres y mujeres que pretenden caminar con Jesús no luchan por sostener el sentido apropiado de los símbolos, entonces el mal se encarga de re-traducirlos para sus fines personales. No es nuevo que la violencia humana desde la guerra hasta la inquisición, siempre han encontrado apoyo y fundamento en ciertas expresiones del cristianismo.

Por eso en todo el extenso abanico de interpretaciones en la fe cristiana, la apropiación de algunas de sus representaciones, medios y métodos por parte de un paradigma eclesiástico dominante, finaliza negando al Señor y al Reino que deberían anunciar.

Utilizando la vida de los profetas como metáfora, es necesario subir a los “lugares altos” donde los ídolos sustituyeron los altares dedicados al Señor, y entonces demolerlos. No obstante, debemos reconstruir los altares con urgencia...

⁷ Lilia Solano, “Compromiso social agenda de misión en tiempos de globalización”, Retiro de pastores y líderes de FTL-Karros, Buenos Aires, 22-23 de marzo de 2003, p 5 El serio análisis de Lilia observa la dilución de la capacidad transformadora del símbolo, cuando es apropiado por una ideología dominante

2. Al rescate de los símbolos: cuando dominamos las palabras

Insistiendo en lo anterior, necesitamos ir al rescate de los símbolos,⁸ es decir, recuperar aquello que el vocabulario eclesiológico significó con alguna probabilidad en sus orígenes. Seguramente esta tarea nos demandará utilizar algunas de las herramientas clásicas de ayuda, como comentarios y gramáticas de los lenguajes bíblicos o valernos de mediaciones para comprender mejor el contexto social y político. Pero —y he aquí la trampa invisible— existe por quitar un obstáculo mayor *a priori* de todo, y éste sólo podemos removerlo dotados del discernimiento del Espíritu que nos ayuda a estar *en Cristo*: me refiero a ser capaces de poner en riesgo nuestro propio bienestar por el bien del prójimo.

En verdad estamos condicionados por una manera de entender la iglesia y su liderazgo que literalmente asfixia a las personas más dispuestas al servicio. Ello no sólo se debe a que nos hemos valido de una hermenéutica inarticulada, sino también a la dificultad resultante para hacernos preguntas sobre el mundo que nos rodea. Y así desaprovechamos la posibilidad de ser obstetras de algo engendrado por el Espíritu Santo, al modo como Jesús se dirigió a Nicodemo en el Evangelio de Juan: no es un asunto simplemente humano, hay que aceptar que es engendrado por el Espíritu.

Al hablar de la capacidad de hacer preguntas apropiadas deseo detenerme un instante para recordar que ella depende, en primer lugar, de un uso apropiado de la hermenéutica de la sospecha sostenido por el discernimiento espiritual.⁹ No es poca cosa, entonces, pensar que el discernimiento que se hace presente por la obra del Espíritu es fundamental para que esta sospecha hermenéutica no devenga simplemente en teorías de conspiración.¹⁰

Hace algunas décadas atrás, el pedagogo y abogado brasileño Paulo Freire publicó aquel provocativo libro *Hacia una pedagogía de la pregunta*,¹¹ en el que junto a Antonio Faúndez discutían el valor de la pregunta como generadora de conocimiento, en tanto ella tuviera un contacto con la acción. Liberando la tensión entre intelectuales y anti-intelectuales, Faúndez asentía que no importaba cuán larga fuera esta cadena de preguntas (ya que tenemos también preguntas sobre las preguntas), siempre y cuando hubiera un punto de toque con la realidad. Por lo tanto, no es estéril el acto de preguntarnos, siempre y cuando vinculemos las respuestas con los temas de la vida cotidiana.

8 Nancy Bedford, *op cit*, p 11

9 Nancy Bedford, "Little moves against destructiveness", en Dorothy Bass y Miroslav Volf, eds., *Practicing Theology, Beliefs and Practices in Christian Life*, W B Eerdmans, Grand Rapids, 2002, p 159

10 La doble motivación que Ricoeur describe como disposición a la sospecha y, simultáneamente, la disposición a oír, debería instalarse en este contexto de inspiración espiritual una hermenéutica apropiada Paul Ricoeur, *Freud and Philosophy An Essay on Interpretation*, Yale University Press, New Haven, 1970, p 27

11 Paulo Freire y Antonio Faúndez, *Hacia una pedagogía de la pregunta*, La Aurora, Buenos Aires, 1986

Confieso que aún conservo el gusto por las historietas, así que no puedo dejar de citar la tira cómica de un diario de Buenos Aires. La primera viñeta muestra a un ángel acercándose a un pescador. El ángel le dice “¡Váyase de allí, señor!” “¿Por?” responde el pescador, y en seguida sale un tiburón y lo engulle. El ángel concluye diciendo “¡Esa manía que tienen los humanos de perder tiempo con preguntas!” Los evangélicos latinoamericanos nos hemos movido en medio de una terrible tensión entre el pragmatismo norteamericano y el intelectualismo europeo. Así que —para responderle al ángel de la tira cómica— debemos ser libres para pensar que hacernos preguntas *nunca* es pérdida de tiempo, y que no siempre el pensar/hablar sobre Dios debe culminar pragmáticamente (para honrar la afirmación de Pablo que “el reino de Dios no es comida ni bebida, sino justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo”)¹²

Por supuesto, es en esta dirección que necesitamos aprender a hacernos las preguntas correctas, porque lo que damos por sentado sobre la iglesia y su liderazgo probablemente tiene bastante que ver con nuestros temores ocultos a perder influencia y poder en el sistema.¹³ Las preguntas correctas no demandan precisamente respuestas correctas. Las respuestas son siempre provisionales, y los hombres y las mujeres en el rol pastoral y docente lo saben más que nadie.

Además, las preguntas que aparentan ser más amplias no son precisamente las más urgentes para el ser humano. Hay momentos para todo. Por ejemplo, “¿hay otros seres en el universo que han sufrido la misma tragedia de la caída?”, o “¿el tiempo y el espacio son convenciones que afectan únicamente a los seres vivos?”, o “¿resucitaremos en esta, o en otra dimensión?”. Esos son teologúmenos de relativa importancia, en cuanto a que por sí solas no modifican nuestra relación vital con Dios ni lo que él es para nosotros. Pero cualquiera de esas mismas preguntas empleadas como mediación para responder a algo más urgente (por ejemplo, sobre una espiritualidad que cuida la vida de la tierra, el cuidado de la vida humana por sobre los intereses nacionalistas, la anulación de la violencia o la discriminación, etc.) No son pocos los teólogos que, como Leonardo Boff, trabajan bajo este método.

Muchas de esas preguntas sólo pueden responderse con inexactitudes (o usando la terminología paulina con *imágenes, reflejos* o *sombras* de lo porvenir), donde Dios se nos presenta como un concepto tan amplio y abarcativo que no admite ser encapsulado, debido a nuestra incapacidad para percibir el todo.

¹² Ro 14 17

¹³ Reto al lector con un profundo compromiso eclesial a observar la abundancia de clichés en las preguntas y respuestas típicas del pueblo evangélico, heredadas como un catecismo incuestionable. Es asombroso ver lo que décadas de adiestramiento evangélico han logrado, solo definible con la frase de Freire de ‘castración de la curiosidad’.

Entonces no queda más remedio que hacer una transposición teológica del sentido, desde lo concreto hacia lo simbólico (con un grandísimo margen de subjetividad). Por ejemplo, la afirmación de que Jesús es Dios, requiere que el sentido teológico haga una transposición entre la racionalidad y la intuición asistida por el Espíritu. El resultado serán las afirmaciones dogmáticas que constituyen herramientas para el análisis teológico, tal como en el axioma de Rahner “la Trinidad económica es la Trinidad inmanente, y viceversa”.

¿Por qué, entonces, detenernos en ciertas preguntas como más importantes que otras? Probablemente porque de ellas, más que de otras, depende nuestro sentido de la existencia. Y por lo tanto debemos reforzarlas con prácticas coherentes. Siguiendo el ejemplo del párrafo anterior sobre conocer a Dios, encontramos que por un lado, Jesús afirmaba que Dios nos ama, y por el otro, reforzamos esa afirmación con nuestro seguimiento como una práctica radical. Si Jesús dijo que Dios nos ama, con seguridad así ha de ser en la presencia del Padre; pero seguimos (gr. *akoluthéw*) a éste a quien declaramos su Hijo, como verificación de que esa es la mejor forma para aprender de él. Y, me parece, eso hace una diferencia substancial en la vida de una persona.

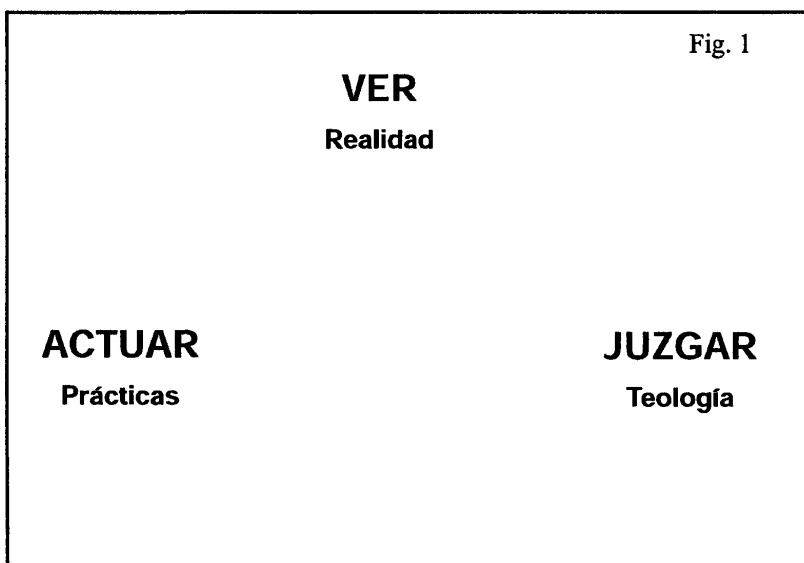
Como mencioné antes, las preguntas correctas son aquellas que apelan a la inmediatez de la vida humana y ponen a prueba —desde la práctica— la validez de nuestras creencias y presupuestos.

3. Reconstruir los altares: el proceso de reactualización de los símbolos

Con el aporte de la hermenéutica de la sospecha, debemos transitar por un camino de preguntas y respuestas tentativas, poniendo en riesgo nuestro *status quo*. Mi hipótesis es que cuando nuestro bienestar corre peligro (por ejemplo en términos de perder un lugar de reconocimiento público, poner la mano en el bolsillo, o comprometernos por otros en maneras concretas), podemos poblarnos de preguntas de poca pertinencia que constituyan una barrera protectora. Un ejemplo bíblico conocido de esta brecha epistemológica es el evento de Lucas 10.25ss.; allí un intérprete de la ley de Moisés no lograba articular sus creencias con su práctica cotidiana. Jesús le preguntó “¿Cómo lees?”, es decir, “¿cómo das sentido al texto?”, o tal vez “¿cómo crees que Dios actuaría en una situación semejante?”. Otro ejemplo similar fue la dificultad de los corintios en discernir a su propia comunidad de fe como “cuerpo de Cristo”, lo que les estaba deparando la ruina espiritual (1Co 11.17-34). También podemos traer a colación la discusión en la carta de Santiago acerca del maniqueísmo de sus primeros lectores entre la fe y las obras. O la pregunta de los discípulos de Jesús al pasar delante de un ciego, plagada de

prejuicio y costumbrismo teológico, como de comodidad: “¿Quién pecó, éste o sus padres para que naciera ciego?” (Jn 9.2).

El reclamo de integrar lo que creemos y lo que practicamos, pesa como una espada de Damócles. Y a poco de transitar este camino, descubrimos que la fe y las obras deben estar intercompetradas mutuamente, y que la teología—como un discurso de segundo grado en relación con la fe— se produce sólo en términos de ser ejercida en prácticas concretas. Todo lo que creemos acerca de Dios, tarde o temprano tiene un efecto en la vida de comunión con los otros y las otras.



Con la intención de teorizar sobre una propuesta hermenéutica, propongo adoptar un procedimiento heurístico bajo la forma de una simple espiral hermenéutica, que gira sobre tres factores bastante comunes en nuestro vocabulario teológico.¹⁴ Me refiero a la *realidad*, la *teología* y las *prácticas*, danzando al mismo ritmo en que la teología de la liberación propuso su *ver*, *juzgar* y *actuar* (Fig. 1).

Imaginemos a una comunidad de fe en este proceso. En primer lugar, esta comunidad se confronta con la realidad, por ejemplo, miseria, desempleo, un esquema social opresor o alguna situación particular como una persona deprimida por la soledad. En segundo lugar, la comunidad elige elaborar un desarrollo teológico acerca de la situación, o asume uno heredado (por ejemplo, pensar que las víctimas de sufrimiento son pasibles de alguna enseñanza, o que están recibiendo

¹⁴ Guillermo Steinfeld, “Theology for a Way of Life Latin American Perspectives” Exposición en el Workshop Practicing Theology, Valparaiso Project, Yale Divinity School, 3-5 de Abril de 2003

la retribución por sus malos actos, que no califican para otro lugar en la pirámide, o que son una oportunidad para que otros sean canales del amor divino).¹⁵ Por último, y en diálogo con los principios escriturales y la propia historia de la congregación, se ejerce la praxis: se exhorta a la persona sufriente, o se delibera acerca del origen del problema, o simplemente se pone manos a la obra para responder a la necesidad, haciendo los mayores esfuerzos de conciliación entre los componentes de la espiral hermenéutica.

No obstante, existe el siguiente problema. Cuando la iglesia es interrogada por la realidad, a veces descompone la correspondencia entre lo que cree y lo que practica. Aparecen grandes lagunas, resultadas de presupuestos erróneos sobre el mundo, o de mala interpretación del texto bíblico, o por autoprotección. Como aquel intérprete de la ley de Lucas 10, es posible acertar en las creencias, pero sin practicarlas adecuadamente.

En las ciencias del pensamiento ese efecto es conocido bajo el nombre de teoría de la Disonancia Cognitiva.¹⁶ Esta teoría sostiene que las personas somos sensibles a las inconsistencias entre las acciones y las creencias; por lo tanto, cuando reconocemos la inconsistencia, procuramos resolver la disonancia. Y la forma de resolverla será, a) cambiar de creencias, o b) de acciones, o c) cambiar la percepción sobre las acciones.

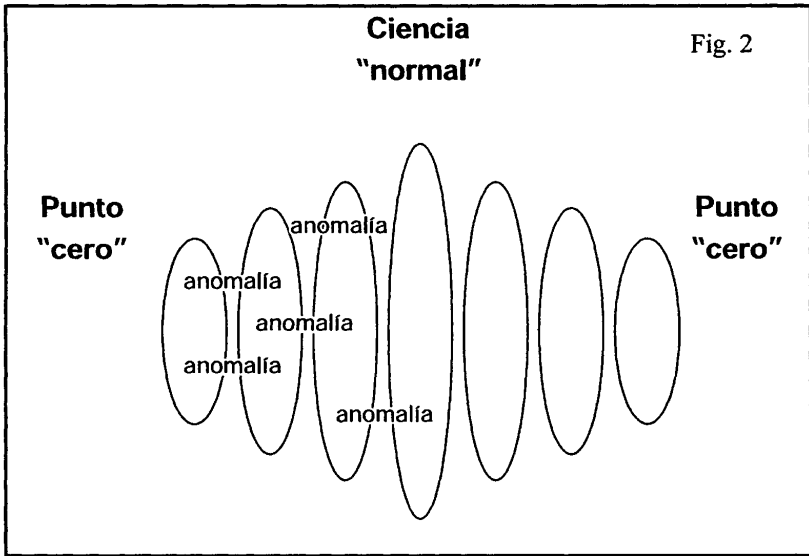
En muchos espacios organizados del cristianismo actual, los creyentes sinceros hacen esfuerzos por responder a lo siguiente: ¿por qué algunas de las prácticas o formas de vivir la fe que por décadas (o tal vez por siglos) dieron algún resultado, hoy no logran responder debidamente a la interpelación de la realidad? En otras palabras, se preguntan: “¿Nos hemos equivocado en lo que creíamos?” Aunque la respuesta afirmativa sea una posibilidad, tal vez no siempre nos hayamos equivocado en la creencia, dado que la fe es un discurso de primer nivel que no puede ser superado por el desarrollo teológico (todo desarrollo teológico debe ir construido sobre la base de la fe). Quizá hemos creído “correctamente”, pero ante los peligros que propone hacerse cargo de esa creencia, subconscientemente la negamos con una praxis descomprometida con la realidad, y así el sistema de creencias y prácticas comienza a llenarse de lagunas. Estos vacíos primero son cuestionados por “los de afuera” (la gente ajena al sistema), que suelen ser críticos más objetivos. Después, desde dentro, son cuestionados por la generación más joven. Por último, algunos en la antigua generación también se desencantan. Y si no se producen los cambios, el sistema ingresa en entropía.

Para explicar mejor el proceso, tomaré el conocido modelo de la teoría de las revoluciones científicas de Thomas Kuhn (Fig. 2). Cuando una disciplina

15 Descuento que el lector no cree que estas cuatro sean las únicas propuestas posibles

16 Leonhardt Festinger, *A theory of cognitive dissonance*, Evanston, Row & Peterson, 1957

científica se inicia, avanza hasta un apogeo conocido como ciencia normal. Ése es un estado en el que encuentra respuestas aceptables para la mayoría de las anomalías que se le presentan (por ejemplo, una teología disociada de la realidad, o prácticas inarticuladas con la teología). Si el paradigma comienza a superpoblarse de anomalías sin respuesta, al fin entra en crisis y vuelve al punto cero, para dar origen a un nuevo paradigma.

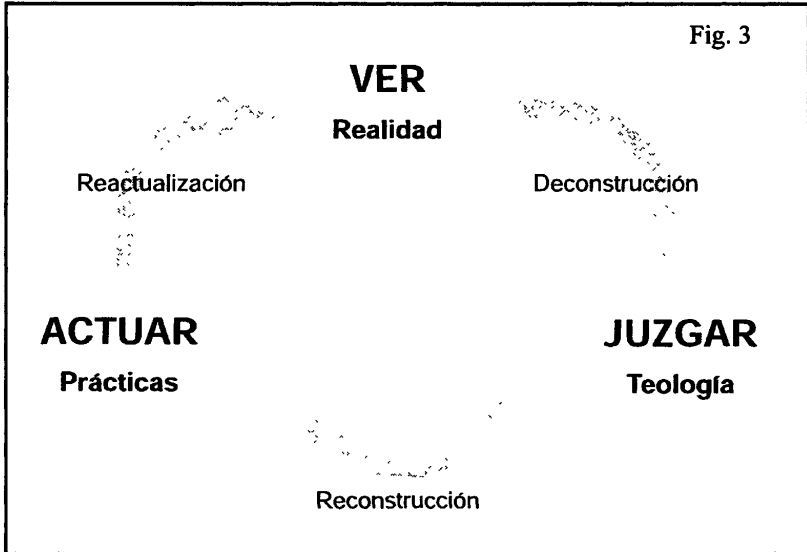


¿Cómo se resuelve el ingreso en un nuevo paradigma o se enmienda la brecha entre creencias y prácticas en la vida de la iglesia? La respuesta es lograr un giro completo, constituido por el mismo ejercicio del discernimiento espiritual: volver a mirar la realidad, cotejar lo que se cree entre la vida cotidiana, las Escrituras y la fe, y al fin –si es necesario– corregir las prácticas.

Completaré la espiral de la Fig. 1 agregando a la dinámica tres aspectos más que ocurren en el fondo: la *deconstrucción*, la *reconstrucción* y la *reactualización* (Fig.3) como procesos intermedios iluminados por la acción del Espíritu.

Entre la observación de la realidad y la elaboración de una teología pertinente, la comunidad ingresa en un estado de (a) *deconstrucción* del modelo teológico establecido, donde deben ocurrir preguntas básicas: ¿las piezas del modelo teológico ayudan a interpretar adecuadamente la realidad?; ¿sería necesario desarmar el modelo teológico recibido y volver a armar uno con las mismas piezas?; ¿nuestro modelo responde integralmente a los requerimientos de la socie-

dad?; ¿nuestros estándares de relaciones humanas, sensibilidad y comunicación responden debidamente a las necesidades humanas?



Entre el planteo teológico y las prácticas, se inicia un nuevo proceso de (b) *construcción* de la fe expresada en prácticas genuinas: ¿lo que creemos se plasma debidamente en las prácticas?; si no es así, ¿debemos construir un modelo teológico nuevo?, ¿o debemos, en cambio, adoptar prácticas que reflejen mejor nuestras convicciones sobre Dios, la vida humana (propia y ajena)?; ¿las formas de las prácticas eclipsan el contenido teológico que deberían transmitir?; ¿nuestras creencias son sostenibles en la praxis, o condenamos a la gente a una ética impracticable?

Entre las prácticas cotidianas y la mirada a la realidad, se produce una (c) *reactualización* de los símbolos de la fe, en dirección a una praxis adecuada. Las prácticas (y el discurso) significan algo. Expresan conceptos teológicos que hablan al mundo del Dios en quien creemos, de su amor incondicional, de esperanza en la vida y la muerte, refugio, transparencia ética, y otras verdades. Esos contenidos ¿son bien interpretados por la gente al participar en las prácticas? ¿Debemos trabajar por rescatar los símbolos y transferirlos en códigos (prácticas) más comprensibles? ¿Hay prácticas que nos instalan en “lugares altos” de poder sobre los demás, y niegan el modelo de la Trinidad?

Finalmente, no necesito explicar que el acto de fuga o de compromiso frente a la realidad no es un asunto subjetivo, sino de sensibilidad producida por el Espíritu Santo. Entonces, ¿qué lugar tiene el Espíritu Santo en este proceso de

discernimiento? Parece ser que es transversal a todo el desarrollo, produciendo el “querer” y el “hacer”. Su presencia se nos hace visible en función del prójimo, en preocupación por la unidad, en sensibilidad y ruptura de barreras interhumanas.

4. Algunos pasos concretos

El corolario de todo el proceso, que además desentraña el sentido de nuestra propuesta, es confrontarse con la acción. Una multitud de textos bíblicos atestiguan la preferencia de Dios por sus hijas e hijos que practican lo que predicán, cuyo decir es “sí” o “no”, y cumplen su Palabra, en lugar de solamente discursarlo.¹⁷ Cuando los cristianos articulan las creencias y las prácticas, se muestran como hijos e hijas de Dios, dado que la coherencia y veracidad son virtudes de Dios: “Dios no es hombre, para que mienta, ni hijo de hombre, para que se arrepienta. ¿Lo ha dicho él, y no lo hará?, ¿ha hablado, y no lo cumplirá?” (Nm 23.19). Tal vez por esta misma razón era imposible para los espías de los fariseos “sorprender a Jesús en sus palabras” (Lc 20.20), ¡porque Jesús, la Palabra de Dios, era absoluta y divinamente coherente!

La laguna entre creencias y prácticas es, como hemos visto, un asunto de protección personal. Todo ser vivo tiende por naturaleza a la homeostasis, es decir, a autoequilibrarse guareciéndose de los peligros que le plantean los cambios. Del mismo modo funcionan los sistemas humanos, en honor a una deseo primordial de permanecer en el útero materno. Sin embargo, el cambio también conlleva la posibilidad de progreso. Cuando un individuo o un grupo se colocan la armadura del rechazo a los cambios, pueden estar protegiéndose de un gran mal, o quizá privándose de un beneficio que variaría positivamente su historia. Así, algunas de nuestras cruzadas personales e institucionales contra la herejía y la depravación “externas” podrían mantener la sanidad del sistema, o podrían también ser sólo una demostración de pánico que nos impida analizar el porqué de una posición dada.

Desde el punto de vista de Jesús, la autoprotección a expensas de la coherencia espiritual tiene consecuencias graves e irreparables a largo plazo. En cambio, las supuestas pérdidas en pro de la integralidad de la vida en Cristo finalizan siendo la verdadera ganancia, porque para Dios la mediación —lo verdaderamente importante— es la vida, y no la religión. “El que pierda su vida por causa de mí, la salvará” (Lc 9.24).

Los evangelios sinópticos estampan la narrativa cristiana sobre el Jesús histórico, y esa narrativa nos ayuda a fundar nuestra fe en Jesús como el Cristo de

¹⁷ En Mt 25 31-46, el conocido “juicio a las naciones” es más bien un juicio universal sobre los hijos e hijas de Dios, entre los parlantes y los practicantes

Dios Cuando esas palabras son usadas a conciencia, nos exponen abiertamente al riesgo de vivirlas Jon Sobrino *dixit*,

el relato cristiano es memoria *peligrosa*, recuerda la vida y destino de un crucificado Y si lo “peligroso” de esa memoria es “relatado” entonces es algo no sólo para ser comprendido conceptualmente (el porque y para que de la cruz), sino que es invitación y exigencia a una ineludible toma de postura Y aquí esta quizás la razón de por qué hay relato de la cruz en la liturgia y en la espiritualidad, pero no lo ha habido en la teología, ni siquiera en la de los concilios, donde supuestamente se resuelve *la verdad* sobre la que se basa todo lo demás ¹⁸

Lamentablemente, pocas veces somos prudentes como para reconocer que necesitamos ser provocados por los cambios, dado que la homeostasis permanente al final deriva en parálisis (entropía) y muerte del sistema Por lo tanto, su ruptura no debe provenir del exterior Opuestamente, debe nacer del interior del individuo a un nivel del ser en el que necesita hacer el mayor esfuerzo para pensar por sí mismo, cuestionar la comodidad del sistema, sea éste su propia persona, su familia, su iglesia, su institución educativa o la sociedad ¹⁹

Esto es lo que realmente hace la diferencia en un dirigente de la iglesia No el simple hecho de ser alguien suficientemente extravertido con la gente, sino más bien el ser alguien que ha aprendido a plantearse las preguntas correctas sobre sí mismo, sobre su iglesia y sobre el mundo No lo sabe todo, no tiene todas las respuestas Él o ella son los más conscientes de la provisionalidad de sus expresiones, pues están dispuestos a pagar el precio de asumirlas a su propio riesgo Vivir la vida en Cristo, como Cristo, es su elección Si se dice que esta persona es “según el corazón de Dios”, es porque encontraron que tiene un “corazón de carne”

Cuando aquel que es la Palabra encarnada nos hace libres, iniciamos entonces el tránsito desde ser dominados por nuestras palabras hacia la integración de nuestros verbos *hacer y decir* Somos impulsados por el Espíritu (que comunica la vida del Dios trino sobre nuestra vida) a romper la barrera del riesgo Así ejercemos otra glosolalia más pertinente, que nos ayuda a revisar el valor de las palabras y hasta dónde éstas nos comprometen con la vida de las personas, como

18 Jon Sobrino, *La fe en Jesucristo ensayo desde las víctimas* Trotta, Madrid 1999, p 349

19 Es sumamente interesante que, en especial en instituciones de educación teológica, los alumnos acuerdan con suma disposición que estos fenómenos ocurren Y así sucede tarde o temprano lo esperado por los docentes la ruptura epistemológica en la mente del alumno este ya ha cruzado por su propio esfuerzo la barrera interpretativa que lo ayudara a pensar de manera diferente en adelante Una suerte de *metanoia* guiada indiscutiblemente por el Espíritu Santo, con el aporte mínimo y humilde del docente Nadie conoce lo que significa para los y las docentes cristianos oír decir a sus estudiantes “Este contenido cambió mi forma de ver la vida” Es exactamente lo mismo que los pastores sienten cuando una persona en la iglesia dice ‘Ahora sí puedo entender como me ve Dios’ Pero inmediatamente ocurre algo para lo que no solemos estar listos, pues los acompañamos por un camino escaboso Al comenzar a asociar los contenidos recibidos con todas sus experiencias gozosas o fatídicas en el seno de la iglesia, dan un ‘¡Eureka!’, y nos preguntan ‘¿Como llevo esto a mi iglesia?’, o ‘¿como puedo hacer esto, de lo cual estoy convencido, sin tener conflictos con mi pastor?’ En síntesis, ¿como articulan su nueva forma de pensar en medio del antiguo sistema? Realmente, es allí donde comienza la verdadera tarea docente y pastoral

parece haber sido la preocupación de Pablo al discutir sobre el don de lenguas (1Co 14.2ss.).

A la luz de todo lo anterior, la pregunta es: ¿necesitamos, realmente, un vocabulario nuevo para referirnos a la iglesia y a sus temas centrales, o simplemente debemos recuperar el compromiso del sentido original aplicándolo a nuestro tiempo? Si esto último es verdad, entonces deberemos revisar prácticas olvidadas, como la hospitalidad a los extranjeros, la mesa del Señor abierta, la atención a aquellos que tienen a Dios como único curador, o la comunión en la congregación para resguardar la fragilidad de los más débiles. Deberemos reconsiderar a cada persona en la iglesia como un don maravilloso e irrepetible, regalado por Dios a la comunidad de fe, sin esperar que los dones caigan como globos de colores desde el cielo. Y al revisar el acto *in memoriam* de la Cena del Señor, la celebración nos hablará de nuestras relaciones congregacionales. A su vez, tendremos que revisar nuestra comprensión de los roles de liderazgo (o carismas de función). ¿Acaso los pastores pretenderán para sí mismos algo que es propiedad privada de Cristo? ¿O emularán la servidumbre del Señor? ¿Se encontrarán *junto* a sus hermanos, o estarán *sobre* sus hermanos?

La teología, sierva de la iglesia y modeladora de su estilo de vida, nos ayuda a buscar en los laberintos de la vida diaria qué cosa habría de ser la iglesia ahora. Pero para replantar la iglesia –o preguntárnosla– hay que confiar en el Espíritu de Cristo y perder el miedo a los interrogantes “peligrosos”. Quizá allí esté la mayor esperanza para actualizar la iglesia pensada por Jesucristo.

Fecha de recepción: 3.5.08

Fecha de aceptación: 4.6.08

Guillermo Steinfeld es decano del Centro de Estudios Teológicos Interdisciplinarios (CETI) de la Fundación Kairós y secretario ejecutivo de la Asociación de Seminarios e Instituciones Teológicas del Cono Sur (ASIT); integra la Comunidad de Aprendizaje “Mauricio López” y es doctorando del Instituto Universitario ISEDET. Es miembro de la Iglesia Anabautista Menonita de Buenos Aires.



Copyright and Use:

As an ATLAS user, you may print, download, or send articles for individual use according to fair use as defined by U.S. and international copyright law and as otherwise authorized under your respective ATLAS subscriber agreement.

No content may be copied or emailed to multiple sites or publicly posted without the copyright holder(s)' express written permission. Any use, decompiling, reproduction, or distribution of this journal in excess of fair use provisions may be a violation of copyright law.

This journal is made available to you through the ATLAS collection with permission from the copyright holder(s). The copyright holder for an entire issue of a journal typically is the journal owner, who also may own the copyright in each article. However, for certain articles, the author of the article may maintain the copyright in the article. Please contact the copyright holder(s) to request permission to use an article or specific work for any use not covered by the fair use provisions of the copyright laws or covered by your respective ATLAS subscriber agreement. For information regarding the copyright holder(s), please refer to the copyright information in the journal, if available, or contact ATLA to request contact information for the copyright holder(s).

About ATLAS:

The ATLA Serials (ATLAS®) collection contains electronic versions of previously published religion and theology journals reproduced with permission. The ATLAS collection is owned and managed by the American Theological Library Association (ATLA) and received initial funding from Lilly Endowment Inc.

The design and final form of this electronic document is the property of the American Theological Library Association.